



NORMA KHOURI

# HONOR PERDIDO

Una historia de amor y de muerte en Jordania

 DEBOLSILLO



## HONOR PERDIDO

Estremecedora historia de amistad, amor y tragedia, inscrita en una sociedad anclada en el pasado, Honor perdido, es la crónica de una sinrazón que acabaría costándole la vida a Dalia, una muchacha que sólo aspiraba a vivir y amar libremente. Sucedió en Oriente Próximo, en Jordania. Junto a su amiga Norma, Dalia decidió abrir una peluquería para escapar del asfixiante orden patriarcal, que la relegaba a la mera rutina del trabajo doméstico en el hogar familiar a la espera de un honorable matrimonio impuesto. El azar, o la fatalidad, quiso que Dalia conociera a un joven cristiano y se enamora de él, contraviniendo los estrictos códigos de su religión, y la terrible consecuencia de ese amor fue la muerte de Dalia a manos de su propio padre. Actualmente, la autora de este sobrecogedor relato vive en el exilio.

Autor: Norma Khouri

ISBN: 9788401305313

# Norma Khouri

HONOR PERDIDO

# AGRADECIMIENTOS

ANTE todo me gustaría dar las gracias a Dios por haberme dotado de la capacidad para expresar por escrito este relato, y por garantizar que llegara a buenas manos. En segundo lugar, deseo expresar mi agradecimiento a Christy Fletcher, Whitney Lee y Greer Hendricks, sin cuya amistad, dedicación, honestidad, orientación y profesionalidad hoy no existiría este libro. Asimismo, quiero agradecer a las numerosas personas maravillosas del mundo literario que han participado en este proyecto de un modo u otro su apoyo, orientación y aliento: a Liza, Moira, Sarah, Brenda, Annabel, Arabella, Suzanne, Patrick, Fiona y Elana, entre muchos otros. Y, por último, dar las gracias a Kevin, que me recordó «seguir adelante una vez más con valor renovado», y a J.T. por su apoyo moral.

# PRÓLOGO

JORDANIA es un lugar donde hombres vestidos con trajes de oficina color arena van con un móvil pegado a una oreja y con la otra oyen el murmullo de leyes atávicas y severas procedente del desierto. Es un lugar donde una joven reina con mucho mundo aboga con elocuencia por los derechos humanos en la CNN, mientras que un padre de un barrio residencial de clase media degüella a su hija por incurrir en la más inocente de las violaciones de los antiguos códigos de honor beduinos.

Es un lugar donde reina la paradoja y el doble rasero para hombres y mujeres, para liberales y conservadores. Moderno en la superficie, es un desierto implacable cuyos oasis han florecido en las ciudades. Pero el desierto sigue estando presente. Las calles se ven agostadas y despojadas de flores, árboles o vegetación —salvo por alguna que otra parra en patios particulares— y las nuevas torres de oficinas de acero y cristal reflejan los tonos leonados de las dunas. A sus pies los cafés se encuentran plagados de conversaciones sobre alta tecnología, y hombres jóvenes vestidos con la indispensable indumentaria de Jordania — un abrigo de sastre de color habano y unos Levi's— se codean con ancianos ataviados con la tradicional *dishdashay*, una camisa de etiqueta, larga hasta los tobillos, vestigio del desierto. Las mujeres jóvenes que llevan velo miran con envidia a las chicas «modernas» que toman café expreso y fuman, con sus esbeltas piernas cruzadas y al descubierto hasta la rodilla.

A diferencia del río Jordán, que ya no tiene fuerza para llegar hasta Ammán, el desierto alcanza los límites de la ciudad. Al igual que la arena que cubre las calles tras una tormenta de viento, el código beduino invade en todo momento sus calles. Impregna el barrio de mi familia situado en Ammán, un vecindario tan densamente poblado y unido

como un campamento de nómadas, y atestado de descendientes de las tribus originales. Su código implacable y primitivo supone un acoso constante para el instinto de los hombres, al recordarles que, bajo el barniz de occidentalización, siguen siendo árabes. Para la mayoría de las mujeres, Jordania constituye una prisión agobiante en la que se vive en tensión ante el riesgo de morir a manos de los seres queridos. Es mi tierra. Adoro su belleza inhóspita, su dilatada historia. Y aun así es posible que nunca pueda regresar sin correr peligro.



Pero antes de nada permítanme situar esta historia en un marco determinado ofreciendo unas cuantas pinceladas de mi extraña y contradictoria nación. El reino hachemí de Jordania limita con Arabia Saudí, Egipto, Israel, Líbano, Siria, Irak y Kuwait, por lo que se halla en el palpitante corazón geográfico del mundo árabe. Con una monarquía constitucional que cuenta con el rey Abdullah Bin Hussein y la reina Rania como representantes de nuestra imagen más moderna de cara al resto del mundo, se trata de un país pequeño y predominantemente musulmán; casi la totalidad de sus cinco millones de habitantes son musulmanes, si bien los cristianos conviven con ellos. La capital, Ammán, alberga a un tercio de la población nacional, así como multitud de tesoros históricos, culturales y sociales. Además de Ammán, los pilares romanos de Jerash, los templos nabateos de Petra, esculpidos en los cañones de piedra rosada, que irradian una luz mágica con el sol del alba y del crepúsculo, los mosaicos bizantinos de Madaba, el monte Nebo y

Wadi Kharrar, el lugar donde fue bautizado Cristo, siguen siendo las principales atracciones para viajeros y peregrinos.

Jordania se jacta de ser una nación moderna y tecnológicamente avanzada inmersa en un vertiginoso proceso de democratización (o eso desearía que pensara el mundo). Pero dicho proceso resulta a menudo tan incómodo y anticuado como los trajes americanos de los años setenta que los hombres siguen llevando para ir a la oficina. Ammán experimentó un progreso espectacular durante la última década del siglo xx. Se han construido nuevos hoteles y bancos en casi todas las calles de la ciudad. El discreto poder de los ordenadores equipados con la última tecnología ha llegado a todas las oficinas y hogares de Ammán, conectando a los jordanos con el mundo exterior. Los móviles, buscas y faxes portátiles resultan hoy tan familiares como unas gafas de sol. El gobierno invierte millones todos los años con el fin de atraer a inversores extranjeros, mejorar el comercio y promover el turismo.

Con todo, a unas horas de trayecto por carretera de esta moderna metrópoli se halla un mundo que existía ya antes de Cristo. Basta con pasar un día en Wadi Rum, contemplando los dibujos rupestres nabateos y thamúdicos con los beduinos, ofrecer un trueque a cambio de sus tintineantes alhajas o compartir un té en sus tiendas de pelo de cabra para que uno tenga la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Jordania es uno de los pocos países donde presente y pasado conviven en una tensa y dinámica coexistencia. Es un país que saluda con fervor el futuro, sin dejar de aferrarse obstinadamente a sus antiguas raíces y tradiciones.

Para las mujeres jordanas el progreso llega con más lentitud que para los hombres. Ahora se nos permite estu-

diar cualquier materia que deseemos siempre y cuando los hombres de nuestras familias —es decir, nuestros padres, hermanos o, en caso de estar casadas, maridos— nos den su autorización. En comparación con la situación de la mujer en la mayoría de los países musulmanes, y en particular Arabia Saudí, en Jordania las mujeres gozamos de ciertas «libertades» y privilegios, como tener acceso a una educación completa, derecho a conducir un coche y, desde 1989, derecho a votar, siempre y cuando lo aprueben, naturalmente, nuestros cabezas de familia varones. Jordania puede afirmar que cuenta con un gran número de doctoras, pero este hecho revela una parte oscura con respecto a las mujeres: se encuentran tan sumamente segregadas de los hombres que no osan ser examinadas por un doctor. Y las doctoras provienen en su mayoría de familias modernas y muy adineradas, familias que pueden permitirse el lujo de vivir entre las habladurías y los rumores que pueden suscitar.

En un país que se vanagloria de su modernidad, las decisiones de las mujeres todavía las toman los hombres. El hombre debe autorizar todo lo concerniente a la vida de una mujer, desde la persona con la que se casa hasta su vestuario. Se trata de un mundo dominado por los hombres con «libertades» muy limitadas y controladas para las mujeres.

Así pues, mientras que los hombres celebran el progreso de su país, las mujeres siguen rogando que sus llantos silenciosos sean atendidos. La rebelión supone un riesgo tan elevado incluso para las mujeres que en la calle parecen liberadas —como yo, con mis faldas y pantalones holgados y el pelo suelto sin velo— que nos hierva la sangre por dentro, pero obedecemos. Nos aferramos a la esperanza cada vez más vaga de que algún día seremos liberadas de esta prisión, sin creer realmente en que nosotras

podemos ser los agentes de nuestra propia libertad. Controladas por el miedo que nos han infundido generaciones de dominio masculino, un miedo reafirmado por nuestras madres, nuestra única opción parece limitarse a vivir con prudencia dentro de las normas, reglas y creencias de los hombres que nos gobiernan. Desde el momento en que nacemos nos inculcan que infringir el código es muy, muy peligroso. Y aun así hay un reducido número de mujeres excepcionales que arriesgan su vida para intentarlo. El murmullo que oyen no proviene del desierto, sino de los vientos de cambio.

# UNO

LA atestada sala de descanso situada en la trastienda del Salón Unisex N&D's no era muy digna de ver. Veinte años de constantes rozaduras habían estropeado las paredes en otro tiempo blancas y el suelo de baldosas, cuyo cálido color tierra había resplandecido en su día, pero ahora se veía de un tono amarillo grisáceo apagado. El destartado sofá marrón situado a la derecha de la puerta parecía un anciano ajado, lleno de agujeros por el paso del tiempo. Pero Dalia, mi mejor amiga, y yo apreciábamos el verdadero valor de la estancia; para nosotras constituía un refugio, un santuario, el único lugar donde teníamos intimidad y libertad para compartir nuestros secretos, esperanzas, sueños, miedos y desilusiones.

Aquel sofá era el mismo en el que estábamos sentadas a los trece años cuando prometimos que nada ni nadie destruiría jamás nuestra amistad. Éramos como hermanas, nacidas con un par de meses de diferencia en 1970. Vivíamos cerca la una de la otra en el barrio de Yebel Hussein de Ammán, donde nos conocimos en un parque a los tres años de edad y, casi de inmediato, nos hicimos inseparables. Ambas teníamos cuatro hermanos y unos padres muy severos. Y a pesar del hecho de pertenecer a religiones distintas —su familia era musulmana estricta, mientras que la mía era católica—, a medida que crecíamos nos fuimos encontrando con obstáculos similares, que no sirvieron sino para estrechar los lazos fraternales que nos unían.

Si bien Jordania es un país de ricos y pobres —los ricos viven en villas de un millón de dólares y los pobres en campos de refugiados—, nuestras familias formaban parte de la clase media acomodada que vivía en casas heredadas de sus familias a lo largo de generaciones, y nuestros padres tenían un trabajo respetable; el mío contaba con su propio negocio en el ramo de la construcción y el de Dalia

trabajaba como contable para una importante compañía de seguros. Pero no pertenecíamos a la clase que aprovechaba las mejores oportunidades para las mujeres, es decir, la élite que enviaba automáticamente a sus hijas a vivir y estudiar en universidades del extranjero. Nuestros padres nunca mostraron un ápice de ambición por nosotras más allá del matrimonio. Ya al llegar a la adolescencia teníamos decidido que el mejor futuro que podíamos forjarnos pasaba por encontrar la manera de permanecer unidas. A los quince años descubrimos que a las mujeres jordanas se les permitía poseer y dirigir un salón de belleza, una de las pocas salidas profesionales que tenían a su alcance. Soñar con aspiraciones más elevadas no parecía tener cabida. Y Dalia y yo pensamos que el hecho de tener nuestro propio negocio garantizaría que pudiéramos seguir juntas. Así pues, armadas con un plan, empezamos a dar los pasos necesarios para montar nuestro negocio.

Nuestro primer movimiento consistió en convencer a nuestros padres de que no estábamos hechas para estudiar. No nos costó demasiado mantener un nivel de calificaciones que no pasara nunca del aprobado, con lo que nuestros padres se convencieron de que no podíamos dar más de sí. En un país donde la educación de los hombres cuenta mucho más que la de las mujeres, nuestro mediocre rendimiento no fue motivo de preocupación para ninguno de nuestros padres. Entonces sugerimos matricularnos en una escuela de esteticistas y, dadas las sombrías perspectivas de que cursáramos estudios superiores, nuestras familias no se opusieron; de hecho, nos alentaron a hacerlo. Así que con dieciocho años Dalia y yo aprendimos nuestro oficio. Y tras terminar la escuela y trabajar en varios lugares, nos vimos capacitadas para dar el paso final. Aunque en aquel momento no fuéramos conscientes de ello, ya entonces estábamos haciendo uso de uno de los pocos poderes que tiene la mujer jordana: poner su inteligencia y su imagina-